

## **La ondina y los senderistas: *Siete días por Pirineos en compañías extrañas.***

*Eduardo Enjuto, acerca de una ruta recorrida en verano del 2015*

Todo comenzó cuando Safilia, la ondina más curiosa del Lago Trescuro, mientras daba un paseo por las aguas del río Escrita, estuvo a punto de ser golpeada en la cabeza por un pie sucio y maloliente.

—¡Eh, un poco de cuidado! —gritó.

El humano que casi la pisa titubeó, porque el agua estaba muy fría, pero terminó por meter los pies en el río. La ondina se apartó malhumorada y se escondió detrás de las rocas. “Estos humanos oyen menos que un trol al mediodía”, pensó. “Ha elegido un mal rincón para meterse en el río, a lo mejor se lleva alguna picadura de recuerdo”.

Y así fue: El humano se había quitado unas zapatillas y calcetines sucios y sudados para refrescarse, pero los tábanos habían tenido la misma idea.

—¡Ay! ¡Ten cuidado, que hay bichos!

Eran un hombre y una mujer. La mujer estaba metiendo un sombrero en el río para empaparlo. Se mojó también el pelo, se colocó el sombrero y sonrió.

—Te dije que tuvieras cuidado con los tábanos —le dijo al hombre—. ¿Te han picado?

—No sé ni cómo es un tábano, pero algo me ha picado, seguro.

Safilia sonrió satisfecha. “Eso te pasa por despistado”, pensó.

Las ondinas, por lo general, son seres amables, aunque también son caprichosas y volubles. Al igual que ocurre con los seres humanos, no se puede definir su carácter de forma general. No son espíritus de agua, como suele decirse, y forman parte de la vida oculta de las montañas, al igual que los duendes, los trasgos o los trolls. Los cuentos populares dicen que son jóvenes y hermosas, y que tienen la consistencia del agua que se arremolina en un recodo del río. Sin embargo no están hechas de agua, sino de carne y hueso, si bien es cierto que, como tienen agua en las venas en vez de sangre, el color de su piel es difícil de describir. No nos seres mágicos, porque hablar de magia supone complicar mucho las cosas, pero se mueven en mundos que los humanos, por lo general, desconocemos.

Y, por supuesto, no siempre son jóvenes y hermosas.

Es difícil verlas a simple vista porque son rápidas a la hora de esconderse pero, si se presta atención, a veces se las puede encontrar saltando entre las piedras y jugando en las cascadas, siempre cerca de ríos, lagos y arroyos. No suelen mezclarse con los humanos porque nos consideran una especie tosca y desagradable, pero eso no impide que a veces se dejen ver por diversión, curiosidad o porque se aburren. Son amables la mayor parte de las veces, cierto, pero en otras ocasiones no lo son tanto.

A Safilia no le gustaban los humanos, pero era más curiosa que desconfiada, y también algo despistada, y por esa razón estuvo a punto de recibir un puntapié en la cabeza.

Los humanos se volvieron a calzar sus zapatillas. El hombre lucía un círculo rojo brillante en el tobillo y se rascaba con fuerza mientras se ponía los calcetines. Se colocaron unas mochilas a la espalda, cogieron unos bastones y comenzaron a andar. Safilia salió del agua y les siguió, porque el hombre había estado a punto de pisarla y quería devolverle el susto.

El río llegaba hasta el lago de Sant Maurici, pero los humanos estaban recorriendo un camino diferente que no transcurría por arroyos, sino por senderos. La ondina siguió sus pasos, aunque para ello tuvo que abandonar el agua durante un rato y eso no le gustó, porque hacía mucho calor. Además, durante un instante le había parecido que el hombre la miraba directamente, como si supiera dónde se escondía.

—Ya no faltará mucho para el refugio —dijo el hombre.

—Desde Espot dicen que se tarda unas dos horas y media —respondió la mujer—, pero hemos parado casi media hora. Así que todavía nos quedará un rato.

Safilia les seguía de cerca y escuchaba sus conversaciones. Los humanos iban a recorrer durante varios días ese sendero, que estaba señalado con marcas de pintura rojas y blancas, y esa noche iban a dormir en un refugio.

—¿No pasamos por Sant Maurici? —preguntó el hombre.

—No, nos desviamos diez minutos antes, hacia el refugio de Mallafré. Por el lago pasaremos mañana, porque el camino lo bordea durante un rato. Luego veremos un desvío hacia el refugio de Amitges, pero nosotros seguiremos las marcas sin desviarnos hacia Colomers. ¿No estudiaste el mapa, o qué?

—Para eso estás tú, cielo. Para cuando yo me pierdo.

Safilia abrió mucho los ojos. ¡Colomers! Los lagos en aquella altura eran hermosos, y hacía años que no los visitaba: El lago Obago y sus aguas profundas, el Monges, que reflejaba las montañas como un espejo, y los fantásticos Lac de Mar y Lac de Ríus, donde dormían los vientos de los valles del norte cuando cruzaban los Pirineos.

“Iré con ellos”, pensó. “Hace mucho que no veo a los céfiros de los collados, y las dríadas de Estós, la última vez que bajaron al valle, me dijeron que podía pasar a verlas cuando quisiera”.

Así que acompañó a los humanos el resto del camino hasta que llegaron a su destino aquel día, el refugio de Ernest Mallafré. Los humanos no se enteraron de que los estaban siguiendo, porque las ondinas sólo pueden ser vistas si ellas se dejan ver, incluso en tierra firme, y Safilia, como ya se ha dicho, aunque curiosa, no gustaba de los humanos.

## DIA 1: ESPOT-MALLAFRÉ: ENCUENTROS INESPERADOS

Los humanos no habían empezado con buen pie. Esa mañana se habían levantado en un hostel de La Guingueta, un pueblo pequeño del pirineo leridano donde iban a empezar la ruta, pero al hombre le había salido una infección en la boca, pequeña pero molesta. La mujer había apuntado bastante información acerca de los pueblos por los que pasaban y lo tenía todo controlado.

—Tú tranquilo. Hoy pasará un médico por aquí, así que pediremos hora para que te recete antibióticos y así evitaremos que vaya a más.

—No me lo puedo creer. ¡Estuve la semana pasada en el dentista! ¡Me dijo que estaba todo bien! Ahora me tocará hacer la ruta con antibióticos, que te dejan el cuerpo fatal. Siento estropearlo el primer día, cariñín. —El hombre se volvía más cariñoso cuando se sentía derrotado—. Tanto tiempo preparando las vacaciones, y ahora esto...

—Con que no empeores y puedas caminar el resto de días sin dolores, me doy por satisfecha —respondió ella—. A las doce sale un autobús hacia Espot, que está más o menos a la mitad del camino. Si ya te ha visto el médico a esa hora, podemos cogerlo y comprar allí las medicinas. Luego seguimos con el plan y hacemos el resto de la ruta de hoy andando. Así sudamos un poco.

Tuvieron suerte. Les dio tiempo a coger el autobús, a sudar a base de bien y a encontrarse con una ondina a medio camino, cuando pararon a refrescar los pies. Así comenzaba nuestra historia.

El camino entre Espot y Mallafré, el refugio donde habían reservado una plaza para dormir, era cómodo y muy evidente, y llegaron con tiempo de sobra para ducharse antes de la cena.

—Hicimos una reserva para dos personas—dijo el hombre al llegar al refugio—, y comentamos que somos vegetarianos. Cuando la hicimos, insistimos en que avisaran con tiempo para que no os supusiera un problema... Porque no hay problema, ¿verdad?

—Sí, claro, tranquilo, todo controlado —le respondieron—. Ahora os digo cuales serán vuestras plazas. La cena es a las siete y media y podéis sentaros fuera si queréis, pero os advierto que hay mosquitos.

El hombre no quedó nada convencido con las explicaciones.

—Ay —le dijo a la mujer—, que me veo cenando ensalada. No me ha hecho ni una pregunta, y eso es raro... Espero que no salga el cocinero a preguntarnos que si comemos atún o algo parecido, que no sería la primera vez.

—Bah, tranquilo, ya veremos. Vamos a tomar una cerveza ahí fuera.

En el refugio vendían cerveza y refrescos a tres euros, que los humanos pagaban sin rechistar porque era un precio elevado en la ciudad, pero todo un regalo en un refugio de montaña. Safilia les miraba y les seguía a todas partes con cuidado de que no la vieran, divertida y asombrada. La mujer lavó la ropa con la que había estado andando, la colgó con unos imperdibles para que se secase y se puso a charlar con la gente acerca del camino que iban a seguir al día siguiente. Su intención era comenzar a andar justo al amanecer para llegar hasta el refugio de Colomers más o menos al mediodía, y desde ahí seguir andando hasta el refugio de Restanca, donde pasarían la noche.

El hombre tardó el doble que la mujer en asearse y tender su ropa, y luego se alejó un poco del refugio para colocar su mochila, que parecía bastante caótica. Empezó a sacar bolsas de plástico con ropa de abrigo, ropa para caminar, calcetines, medicinas, cámara de fotos, GPS y más cosas. Safilia le miraba y se preguntaba si el hombre sería capaz de cargar con todo eso hasta el lago de Restanca al día siguiente, como pretendía la mujer.

—¿Te parece que llevo muchas cosas?

Safilia miró hacia todas partes, pero el humano estaba solo.

—Te hablo a ti, ondina. ¿Crees que llevo demasiado peso? ¿Podría aligerar la mochila un poco?

Safilia le miró con los ojos muy abiertos y salió desde detrás de los arbustos donde se había ocultado.

—Vaya, puedes verme.

—Y también oírte. —El hombre seguía atareado con sus cosas mientras hablaba—. Nos llevas siguiendo un buen rato y no has dejado de insultarme y de llamarme... Jorobado, duende apestoso, hijo de boñiguero... Y has dicho que soy tonto como una trucha.

—Casi me pisas la cabeza cuando metiste los pies en el río. Deberías tener más cuidado.

El hombre la sonrió y se encogió de hombros.

—No te había visto. Lo siento.

—Ya, bueno. —La ondina se sentó delante de él y se cruzó de brazos—. Es verdad que los humanos no soléis vernos, pero tú sí lo haces... ¿Por qué?

—Gritaste cuando casi te piso. Entonces te vi y... En fin, una vez que sabes dónde buscar, no resulta muy complicado encontrarte. No eres muy buena escondiéndote, perdona que te diga.

La ondina no respondió. Pronunció un par de maldiciones entre dientes y se dijo a sí misma que debería tener más cuidado en el futuro. Se contaban historias de humanos que habían trabado amistad con elfos y ondinas, pero pensaba que sólo eran cuentos para asustar a los más jóvenes, porque nunca terminaban bien.

—Pero no has respondido a mi pregunta —volvió a decir el hombre—. ¿Crees que podré llegar mañana hasta el refugio de Restanca? Claro, no sabrás nada del refugio... Bueno, está junto al lago de Restanca, igual que el refugio de Colomers, que está junto al lago Colomers.

—¿Es mucha distancia? Yo sé lo que tardaría por el arroyo, pero vosotros vais por caminos.

—Mira, te lo voy a enseñar.

El hombre sacó un mapa de la mochila y le explicó a la ondina lo que significaban las manchas azules que indicaban los lagos, las marcas del camino, las cimas de las montañas y los refugios donde iban a descansar al finalizar cada día.

—Hoy hemos empezado a andar en Espot, porque yo he tenido un problemilla con la boca y... Bueno, da igual. Hemos recorrido ocho kilómetros y subido 600 metros, que eso es importante a la hora de calcular tus fuerzas, y hemos tardado tres horas, parando a refrescarnos. Pero mañana tenemos un camino mucho más largo, porque queremos hacer dos etapas en una sola.

—No sé lo que son esas etapas.

—Estamos haciendo parte de un camino que atraviesa los Pirineos. Ese camino está dividido en etapas más o menos largas. El camino hasta Colomers es una etapa y de Colomers a Restanca es otra etapa, y queremos hacerlo en el mismo día, porque son cortas. ¿Me has entendido?

—Más o menos —dijo Safilia—. Entiendo que estés preocupado, hoy parecías muy cansado. A lo mejor deberías pedirle a la mujer que lleve tu mochila o algo parecido. Parece más fuerte que tú. En tu especie son ellas las que cazan, ¿verdad?

—Sí, más o men... Oye, que yo no estoy tan flojo y sí que puedo con mi mochila. Bueno, pues ya sabes lo que vamos a hacer. ¿Qué opinas? ¿Vas a seguirnos también mañana para poder insultarme? ¿O ya te has quedado a gusto?

—Pues... Esa zona es preciosa, por supuesto. Subiréis por el Rio de Ratera, que tiene unos saltos de agua muy divertidos y... Bueno, vosotros iréis por caminos, claro. Hasta el puerto de... a ver ese mapa... de Ratera. Luego pasaréis cerca del Lago Obago, que os va a encantar, y ya sólo os quedará bajar hasta el lago de Colomers. ¿Dices que ahí pararéis a comer? Pues hasta Restanca tenéis otro tanto, más o menos. No podréis perder mucho tiempo porque mañana caerá una tormenta bastante fuerte a media tarde, así que tendréis que correr.

—¿Una tormenta dices?

—Y de las fuertes.

—Me estás asustando... Bueno, esto es lo que hay. Hemos reservado plaza en Restanca para mañana, así que tendremos que llegar allí pase lo que pase.

El hombre parecía un poco abatido. La ondina sabía que al día siguiente luciría un sol radiante durante todo el día, y se sintió un poco mal por haberle engañado. Pero sólo un poco.

—Mira, ¿sabes qué? —respondió la ondina—. Os acompañaré un rato. Mañana subiré con vosotros a Colomers, y a lo mejor me acerco también a Restanca. Depende de la tormenta, claro. Va a ser de las grandes, ¿sabes? Posiblemente granizará y bajarán las temperaturas bastante.

El hombre la miró muy serio.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—No, ¿a qué te refieres? —Safilia era una experta mentirosa—. Pues decidido, me voy a dar una vuelta y mañana os alcanzaré cuando empecéis a andar... ¿Quieres presentarme a la mujer? Y tú, ¿cómo te llamas? Yo me llamo Safilia.

—Será mejor que no te dejes ver delante de la mujer, Safilia, —respondió el hombre— ella no cree en los de tu especie. Y yo, en realidad... Dicen que no se debe dar el nombre de pila a ninguno de vosotros, así que... No sé. Puedes llamarnos Miriam y... Iñaki, por ejemplo. Sí, esos nombres están bien.

—¿Qué es eso de que no cree en nosotros?

—Mira, ya tengo bastante con hacer esta ruta con una infección en la boca. No sé si eres una alucinación o si existes de verdad pero yo siempre he querido conocer a alguien como tú, ¿sabes? A uno de los de tu especie. Y tú eres una ondina. Muy bien. Safilia, ¿verdad? Encantado. Pero por favor, no dejes que te vean, ¿vale? Por favor. Por favor, por favor, por favor...

—Vale, vale. Tranquilo. ¡Qué carácter! No te preocupes, Miriam, que no dejaré que nadie me vea.

—No, no, a mí me tienes que llamar Iñaki y a la mujer... Es igual, mañana te lo explico. Ahora tengo que entrar en el refugio, porque las cenas las darán dentro de poco y hay que preparar las mesas antes entre todos. No te alejes mucho que mañana queremos empezar a andar a las seis, más o menos.

—¡Ah, claro! A mí también me gusta remolonear y levantarme tarde.

El hombre cogió la mochila si decir nada y entró en el refugio, sin saber muy bien si la ondina se estaba burlando de él otra vez. Nunca se había levantado tan pronto y las cinco y media le parecía madrugar demasiado, incluso para estar en la montaña, pero la suya era una percepción subjetiva: la humana.

## DIA 2: MALLAFRÉ – RESTANCA: COMPAÑEROS DE VIAJE

Se levantaron a la hora prevista pero, entre que prepararon las mochilas y desayunaron, no comenzaron a andar hasta las seis y media. El hombre le hizo un guiño a Safilia cuando la vio en el arroyo cerca del refugio, jugando con unas salamandras.

—¿Has guardado tú el pan, cielo? —le preguntó el hombre a la mujer.

—Sí, tranquilo. Cuando lleguemos a Colomers nos lo comemos.

Como los desayunos, para un vegetariano, se componían de tostadas de pan y fruta, y a esas horas el estómago a veces no acepta nada, la mujer tenía por costumbre guardar lo que no comían para almorzar más tarde.

Subieron hasta el Port de Ratera caminando muy despacio, cerca del río, como había dicho Safilia, por las laderas del lago de Sant Maurici. Dejaron los bosques atrás y la vegetación se convirtió en arbustos y algunos pinos de altura que se veían cada vez con menor frecuencia. Cuando llegaron al puerto de Ratera, la ondina se adelantó y se fue a bañar al Lago Obago, que vieron desde arriba, y desde allí fue por arroyos hasta el lago de Colomers. Los humanos comenzaron a bajar, despacio pero sin parar, y llegaron al refugio casi a las doce del mediodía, cinco horas y media después de comenzar a andar.

—¿Qué tal esas rodillas? —preguntó la mujer.

—Bien, más o menos —respondió el hombre—. Pero no paramos mucho rato, ¿vale? Que todavía nos queda la mitad hasta Restanca.

—Pero dijimos que comíamos aquí, ¿no? Vamos bien de tiempo, no tenemos prisa.

—Es que creo que daban tormentas para la tarde... No sé, estaría bien darnos prisa, para que nos pillaran, y...

La mujer miró al cielo azul brillante. El sol estaba calentando más de lo habitual, y la gente ya comentaba que la “ola de calor” que estaban pasando se iba a extender durante todo el verano.

En todo el cielo no había ni una sola nube.

—¿Dónde has leído que va a llover? Ayer en el refugio dijeron que estaría despejado al menos durante dos días.

—Pues... —El hombre miró al cielo y comenzó a sospechar que le habían engañado—. No me hagas caso, tienes razón. Comemos aquí con calma y descansamos.

La mujer afirmó con la cabeza y entró en el refugio a pedir unos refrescos. Safilia aprovechó para acercarse al hombre.

—¿Qué tal vas, Miriam? —le preguntó.

—No, Safilia, a mí me tienes que llamar Iñaki y a mi pareja... Bah, déjalo. Lo haces a propósito, ¿verdad? Estoy muy cansado, la verdad, y si hubiera podido caminar un poco más despacio y sin prisa por llegar al refugio, no lo estaría tanto. Eres una mentirosa.

—Lo que pasa es que los humanos sois muy crédulos, y tomaros el pelo es muy fácil. ¿Te gusta esto? Es bonito el lago, ¿verdad?

—Eso es cierto. —El hombre se relajó un poco—. Las vistas son preciosas, vives en un entorno fantástico.

—Sí, es verdad —respondió la ondina—. Por aquí pasa mucha gente, esto debe gustaros mucho a vosotros también.

—Esta zona forma parte de una ruta muy famosa, la *Carros de Foc*, y por eso ves a tanta gente. Es un circuito circular que pasa por varios refugios.

—Pero ponéis muros a los lagos y construís edificios. Esta zona os gusta pero la modificáis para adaptarla a los lugares de los que os marcháis. Cambiáis las cosas sin un criterio claro... Los humanos sois un poco raros.

El humano no dijo nada. Se limitó a comer en silencio, mirando al lago represado de Colomers, mientras la ondina desaparecía y la mujer regresaba con los refrescos.

—¿Qué tal está el refugio? —preguntó él.

—Tiene buena pinta —dijo la mujer—, se nota que lo han construido hace poco. Es una pena que el viejo quede abandonado. Deberían hacer algo con él.

El hombre miró hacia el refugio antiguo que se veía al otro lado del lago, y que efectivamente parecía abandonado. Pensó en lo que había dicho la ondina, pero no tenía mucho tiempo que perder, así que terminó de comer y comenzó a prepararse para seguir el camino.

—¿Cuánto hay hasta Restanca? —preguntó.

—500 metros de desnivel hasta el Port de Caldés, que luego hay que bajar, y 8 kilómetros en total. ¿Cuánto dice el GPS que llevamos hasta aquí?

—Eh... Espera un momento... 12 kilómetros, +800, -500. Más o menos.

—Pues nos queda menos de la mitad... ¡Andando!

La mujer se colocó la mochila y el hombre la imitó, pero con menos entusiasmo. Quizá la mujer no era más fuerte que el hombre, como decía la ondina, pero desde luego, sí tenía un ánimo más apropiado para caminar.

Safilia los siguió un rato, pero luego se adelantó hasta el lago de Restanca para esperarlos allí. Los humanos subieron, despacio pero sin pararse, hasta el Port de Caldes. Allí



descansaron unos minutos en el valle que se formaba en las faldas del Montardo, uno de los picos que lo rodeaban.

—Desde esa cima hay unas vistas fantásticas —dijo la mujer—. Lo subimos hace muchos años, cuando empezamos a venir por aquí, ¿te acuerdas? Por aquel entonces llevábamos una mochila enorme y un montón de comida...

—Debes de confundirme con otro —dijo el hombre entre jadeos—. Si yo hubiera subido ese pico me acordaría.

Se echaron a reír, porque la memoria del hombre para esas cosas era realmente mala; podría pasar dos veces por el mismo camino sin enterarse. Por eso llevaba el GPS, para compensar.

El camino continuaba por un sendero bien marcado que bajaba hasta su destino. El refugio de Restanca estaba construido junto al lago, y la ondina se entretenía molestando a las libélulas y jugando con un grupo de trasnolillos que estaba bañándose en una cascada. Cuando vio llegar a los humanos se dirigió hacia ellos, pero esperó hasta que la mujer se fue a duchar para hablar con el hombre.

—¡Muy bien! —le dijo—. ¡Has llegado! ¡Y decías que no podrías hacerlo!

—Sí, gracias... Ha sido una paliza, pero ha estado bien —El hombre estaba cansado, pero parecía contento—. Mi... la mujer... ella lleva muy bien el ritmo. Vamos despacio pero paramos poco, sobre todo en las cuestas.

—¿La mujer? ¿La que lleva el peso? —preguntó la ondina con una sonrisa.

—Sí, yo... Vete por ahí, anda. Ahora voy a darme una ducha, que nos han dicho que hay agua caliente. Parece mentira que me apetezca con el calor que hemos pasado hoy, pero en fin.

—Sí que hace calor. Unos trasnolillos que viven aquí al lado me han dicho que los humanos están preocupados por el sol, que cada vez os tapáis más la piel para no quemaros, y ese tipo de cosas.

—Pues sí... —El hombre comenzó a hacer unos estiramientos mientras hablaba con Safilia—. Nos damos crema y nos tapamos la cabeza, pero a veces no es suficiente. Yo pensaba que haría más frío aquí, por la altura, pero ya ves... Creo que no vamos a sacar las chaquetas de las mochilas en toda la ruta. A mi chica le han salido ampollas en los pies, y eso no le suele pasar, y yo tengo rozaduras en los hombros por el sudor y la mochila.

—Vaya, pensaba que hacíais esto para divertirlos.

—Es que merece la pena... —El hombre puso cara de dolor al estirar una pierna—. Ay, esta rodilla me va a dar guerra antes de terminar... Merece la pena, Safilia, porque el dolor se nos pasará pero la experiencia no la olvidaremos, ¿entiendes lo que quiero decir?

—No. Que tenéis buena memoria. Pues vale.

—Me refiero a que a veces haces cosas que no te apetecen o que no te gustan porque el premio es muy grande. Porque el premio es tan grande que los inconvenientes se convierten en un aliciente, no sé si me explico.

—Sí que te había entendido, sólo te estaba tomando el pelo —respondió Safilia—, pero eres tan ingenuo que no resulta divertido. Conozco vuestras rutas, tonto, sé interpretar vuestros mapas y me sé el nombre de la mayoría de los humanos que viven por esta zona, ¿vale? Pregúntame lo que quieras, anda, y déjate de historias.

El hombre guardó silencio unos segundos antes de hablar mientras seguía estirando.

—¿Cuántos años tienes?

—Eso no te lo voy a decir.

—Empezamos bien. ¿Hay muchas como tú?

—Pues... No sabría decirte. Somos menos que vosotros, desde luego. En Colomers y Restanca no queda ninguna... Hay una ninfa en el Ibón de Plan, que también lo conocéis como la Basa de la Mora.

—¡Ah! Donde dicen que se aparece una mujer si la noche de San Juan te lavas las manos y tu corazón es puro, o algo parecido...

—Sí, algo parecido... *“Si ye que i puyas bela maitinada de San Chuan ta Ibón, y no la biéses, abrás de pensare en labá-te l’anima...”*, dicen por allí. Te tienes que lavar la cara en el agua del lago. Si tu alma es pura verás a la princesa mora que se perdió en las montañas, y si no es así, tendrás que lavarte el alma, porque la tendrás sucia. En realidad no es una princesa mora sino la ninfa, claro. Se llama Aardila, y se dejará ver si eres de su agrado y le pareces un hombre o una mujer atractivo, no tiene nada que ver con que seas una buena persona. Entonces saldrá del agua cubierta por serpientes y bailará mientras deja que resbalen por su cuerpo. —La ondina hizo una pausa—. Luego las serpientes te morderán y te matarán, y ella te arrastrará al fondo del lago para devorarte.

—Eso último es mentira.

—Bueno, vale, eso último no es cierto. Veo que empiezas a conocerme, humano. —La ondina le miró con un brillo travieso en los ojos—. Pues como te digo, no hay muchas de nosotras por aquí... Mañana visitaré a Laralne, la sílfide de Era Unhola. Es muy simpática y prepara unas galletas deliciosas.

—¿Dónde vive?

—En la isla del Lac de Mar... ¡Seguro que se alegra mucho de verme! Además, ahora no hay céfiros, así que seguro que tiene galletas de sobra. Si pasáis por su casa os invitará encantada, es una anfitriona excelente.

—Bueno, no creo que...

En ese momento salió la mujer del refugio, con una cerveza en una mano y un libro en la otra, y la ondina desapareció en un instante.

—¿No te has duchado todavía? —le dijo la mujer—. Te sentará bien, ya verás. Yo voy a las piedras de la parte de atrás. No hace falta pagar las cervezas, lo apuntan y luego hacemos cuentas.

—Sí, ahora voy, estaba terminando de estirar un poco... ¿Tenían bien anotados los datos de la reserva?

—Sí, y también lo de la cena, tranquilo.

La mujer se alejó con la cerveza y el hombre comenzó a colocar su mochila, que había vaciado para buscar una toalla y ropa limpia.

—¿Qué es lo de la cena? —preguntó Safilia, saliendo desde detrás de unas rocas.

—Llamamos a los refugios antes de venir para reservar una plaza para dormir, y también para cenar. Como somos vegetarianos, les avisamos con tiempo para no causarles muchas molestias, que bastante hacen con preparar las cenas.

—Ah, es verdad, que los humanos os coméis a los demás. —La ondina hizo una mueca que el hombre no supo interpretar—. A veces se me olvida.

La ondina se alejó de nuevo hacia el lago, y el hombre se quedó sólo de nuevo, preguntándose si le caía bien a Safilia... A veces parecía que le hablaba con desprecio, y todo el rato le trataba como si se estaba burlando de él. Pero como nunca había conocido a una de su especie, no sabía si ése era su comportamiento habitual. Decidió no darle vueltas y entró en el refugio. Colocó su mochila, se aseó, se puso otra ropa para irse a dormir en cuanto terminaran de cenar, y se acercó a la mujer con una cerveza en la mano.

—Oye, cari... He estado pensando una cosa. Mañana el camino no pasa por los lagos, ¿verdad? Quiero decir... El GR11 pasa por el Circ de Rius pero, ¿no podríamos desviarnos para pasar por el Lac de Mar y el Lac de Rius?

La mujer se quitó las gafas de sol y le miró con una sonrisa.

—Claro que podemos, pero... Serán más kilómetros y algo más de desnivel. —Sacó un mapa que llevaba en una pequeña mochila de tela y se lo enseñó—. Si vamos por los lagos... Serán unos 16 kilómetros y... unos 300 metros más de desnivel... Mañana haríamos +500 y -800, y por lo que dicen serán unas tres horas más. ¿No has tenido suficiente hoy? Por mí encantada, dicen que las vistas son preciosas y, total, tenemos todo el día para llegar al refugio de Conangles.

—Pues decidido, vamos por los lagos.

El hombre se sentó a tomar una cerveza a la sombra, en silencio, mientras la mujer leía un libro. ¿Realmente vivía una sílfide en el lago? La ondina tenía el aspecto de una mujer joven

con la piel de un color extraño, como azulado. ¿Serían parecidas las sílfides? En ese momento empezó a llegar gente por el camino, y se puso a charlar con ellos.

En el refugio, la compañía le resultaba igual de interesante. Mientras tomaba la cerveza, habló con un par de corredores que estaban haciendo la ruta de Carros de Foc en una sola etapa, pero que habían subestimado el calor y habían decidido descansar en Restanca, porque era una ruta que conocían bien y no les importaba repetir el intento en otra ocasión. “Los más experimentados”, pensó el hombre, “son los que menos importancia le dan a los retos deportivos”. Recordó que él se había enfadado por coger un autobús el primer día para cubrir parte de la etapa, como si de ese modo le fuera a restar mérito a la ruta en general, y que, sin embargo, la mujer se lo había tomado mucho mejor.

—¿En qué piensas? —dijo la mujer mientras se sentaba a su lado con otras dos cervezas.

—En los corredores, y en nosotros durmiendo en refugios, cenando caliente y tomando cervezas frías. ¿No te sientes un poco rara? Quiero decir... ¿No piensas que resulta poco natural tanta comodidad en mitad de la montaña?

—No, para nada —respondió la mujer—. Yo tengo la espalda lesionada y no puedo cargar con un saco de dormir, comida y esas cosas, así que utilizo los refugios. ¿Alguien te ha subido hoy hasta los collados? ¿O te han bajado por las pedreras? Cada uno hacemos el esfuerzo que podemos, ni más ni menos. Y cuando sea muy mayor y millonaria, buscaré a alguien para que me lleve la mochila y no tener que dejar esto. Así te lo digo.

—Yo pagaría para que me llevaran a mí.

—Bah, en el fondo esto te encanta. Por mucho que llores.

Y la mujer, por supuesto, tenía toda la razón.

Se sentaron dentro del refugio, junto a una ventana, y cenaron junto a los dos corredores y una pareja que estaba haciendo también la ruta de los Carros de Foc, pero más despacio. Esa mañana habían salido del refugio de Colomers y habían tardado todo el día en llegar a Restanca.

—Nos lo tomamos con calma —dijeron—, que la mochila pesa mucho y estamos de vacaciones.

Así que brindaron por el día siguiente, que cada uno afrontaría de forma diferente, y luego sacaron los mapas para comparar rutas y caminos. El hombre y la mujer se desviarían para pasar por los lagos donde, según la ondina, vivía Loralne, la sílfide. Pero el hombre no contaba con probar sus galletas.

### DIA 3: RESTANCA – CONANGLES: LOS LAGOS SALVAJES

Al día siguiente, el hombre y la mujer se levantaron tarde, porque la ruta no iba a ser larga y tenían tiempo de sobra. Desayunaron a las siete de la mañana junto a casi todos los que habían dormido en el refugio, excepto los corredores, que habían salido a primera hora, y se pusieron en marcha antes de que el sol llegara hasta el lago de Restanca. Según comenzaron a subir hacia el Lac de Mar, el hombre se volvió y se quitó la mochila.

—Cariño, esto hay que disfrutarlo —dijo.

Bajo ellos se encontraba el lago envuelto en sombras y, detrás de él, un mar de nubes cubría el valle. Las nubes subían y se deshacían cuando las alcanzaba el sol. La luz resbalaba poco a poco por las laderas de las montañas.

—Alucinante.

La ondina, junto a un trasnolillo de Restanca, les observaba desde lejos.

—¿Ves como no son mala gente? —le decía al duende—. Están diciendo que les gusta mucho tu casa.

—Igual que a un zorro le gusta un gallinero, Safilia. Ten cuidado con ellos, los humanos no son de fiar. Recuerda lo que hicieron con los arroyos. ¿Acaso les importó que las presas rompieran el caudal? ¿Y que las ondinas tuvierais que marcharos? Hay tantas presas que las *Montañas del Fuego Secreto* deberían llamarse las *Montañas del Agua Estancada*. Y tú haciéndote amiga de ellos. ¡Qué vergüenza!

—Los duendes siempre estáis igual. ¡Qué mal humor tienes hoy, por favor! ¡Ni que te hubiera pisado un callo!

Mientras tanto, los humanos se habían colocado de nuevo las mochilas y emprendían el camino. Llegaron hasta el inicio del Lac de Mar en poco más de una hora, dejando atrás el mar de nubes y los lagos inferiores, pero tardaron casi otra hora en bordearlo, porque tenían que caminar por bloques de piedras sueltas y se movían muy despacio. *Era Unhóla*, la isla del Lac de Mar, sobresalía menos de lo habitual para esa época del año. El lago era grande y se alimentaba del deshielo, y ese año la nieve se había fundido deprisa y se encontraba muy crecido.

—Dan ganas de darse un baño y nadar hasta la isla, ¿verdad? —dijo el hombre.

—El agua estará helada... Pero sí que dan ganas. De todos modos nos queda mucho día por delante.

El hombre asintió en silencio, porque la mujer tenía razón, y se olvidó del asunto. Se fijó bien en la isla cuando pasaron cerca de ella, y por un instante creyó ver entre los arbustos una figura alta y delgada que se movía muy lentamente. Se detuvo para mirar con más cuidado, pero la figura había desaparecido. “¿Sería la sílfide?, se preguntó. “¿Será verdad que vive aquí y que hace galletas, o será otra mentira de Safilia?”

El camino seguía por un sendero empinado y pedregoso que conectaba con el siguiente valle, y el hombre, que tenía algo de vértigo, se olvidó de la isla y apretó el paso, porque quería salir de allí cuanto antes.

Safilia no apareció. Subieron por el sendero, despacio y sin mirar atrás, y llegaron al Lac Tort de Rius, más grande que el anterior. Lo bordearon, tardando de nuevo mucho más de lo que esperaban. Los caminos alrededor de los lagos, debido a los cambios de nivel del agua, suelen subir y bajar por lomas y piedras, y resultan lentos. Por fin, después de casi seis horas, conectaron con el GR11 original, del que se habían desviado para ver los lagos. En el Port de Rius, después de un sendero de piedras algo lento e incómodo, echaron un último vistazo atrás.

—Tenía razón la gente del refugio —dijo la mujer— cuando nos dijeron que esta variante merecía la pena. Las vistas y los lagos son increíbles.

—Sí, es verdad —respondió el hombre—, pero es raro... No hemos visto a casi nadie.

—Había dos chicos en el Lac de Rius, y luego está el grupo de franceses que nos han adelantado hace un rato.

—Sí, claro.

El hombre se encontraba inquieto. La ondina no había aparecido en todo el día, y pensar en no volver a verla le entristecía. “No todos los días se conoce a un ser mitológico”, pensaba el hombre, “y hay tantas preguntas que me gustaría hacerla, que si no vuelvo a verla no me perdonaré nunca el no habérselas hecho”.

Bajaron en silencio hasta el refugio de Conangles, donde pasarían la noche, disfrutando de la sombra de las hayas y abetos. En un par de ocasiones, el hombre creyó ver, por el rabillo del ojo, sombras que se escondían a su paso y que asomaban cuando quedaban fuera de su vista. El bosque que les llevó al refugio era sombrío y espeso, y después de un día de sol abrasador, fue un regalo de un valor incalculable. En total, habían estado en ruta algo más de siete horas.

—El río pasa muy cerca del refugio —dijo la mujer— y dicen que hay unas pozas donde podemos bañarnos. A lo mejor me doy un refrescón, aunque luego me duche en el refugio.

El hombre asintió en silencio. “Quizá allí encuentre a Safilia”, pensó.

El refugio de Conangles se encontraba cerca de la carretera, se podía acceder a él en coche, y resultaba cómodo y acogedor. A pesar de eso, como no era fin de semana, se encontraba casi vacío. La mujer, después de darse un baño muy rápido en el río (el agua estaba muy fría), charló un rato con un chico joven que llevaba una mochila enorme y que estaba recorriendo la ruta completa, desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo, y que llevaba tan sólo once días andando.

—¡Pero estás a mitad de camino! —dijo la mujer—. Este refugio marca precisamente eso, la mitad del GR11... ¿Cuántos kilómetros haces al día?

—No sé... Depende. Unos treinta o cuarenta. Depende del desnivel. Hoy haré casi tres mil metros.

El hombre, que les escuchaba sin intervenir mientras hacía unos estiramientos, miraba a su mochila enorme con los ojos muy abiertos.

—¿Cuánto pesa tu mochila? —preguntó.

—Ahora... unos veinte kilos. Al principio pesaba más, claro... Es que llevo comida para todo el camino —añadió como si se estuviera excusando—. Lo malo es que todos los días me parecen iguales. Me despierto, empiezo a andar, como por el camino unos frutos secos, paro a mediodía y sigo hasta que se hace de noche.

“Qué lástima”, pensó el hombre mientras cogía una toalla y se dirigía al río. “Así no estará disfrutando de verdad de todo lo que ve”. Pero, por otro lado, sentía una envidia terrible de su forma física.

Llegó al río, se descalzó y metió los pies en el agua helada. La ondina no aparecía por ningún lado.

—Safilia... —dijo en voz baja—. ¿Estás por ahí?

Esperó unos segundos y no escuchó nada. Después de intentarlo por segunda vez, la voz de la ondina se escuchó entre las rocas.

—Eres un idiota.

—Vaya. Hola a ti también. No te he visto en todo el día... ¿No has ido por los lagos?

—Le hablé a Lralne de vosotros. Preparó un pastel de bayas y ortigas que tenía una pinta deliciosa, pero no os pasasteis por su casa. Me has hecho quedar fatal.

—Pero... ¡No podíamos ir nadando a la isla! Además, ya te he dicho que prefiero que no te vea nadie más, y...

—Bah, no te preocupes, que te estoy tomando el pelo. A Lralne no le gustan los humanos, no se fía nada de vosotros. Y menos después del incidente con la niña.

—¿Qué incidente?... ¡Ay! —El hombre metió los pies en el agua, pero los sacó a los dos segundos—. No hay quien aguante el agua, está helada.

—Ocurrió en los bosques del norte, por los hayedos de Mendilaz. Una niña humana desapareció, y un adulto fue a buscarla. Era un hombre, mayor, pero no tanto como tú...

—Oye, que yo todavía soy jovencito...

—Sí, claro, y yo soy una salamandra. Bueno, una niña desapareció y el hombre, que no sé si era su padre o un amigo de la familia, fue a buscarla y se enteró de que estaba en el País de los Elfos. Así que recorrió varios bosques y colinas hasta que dio con una cueva en la Selva de Irati, que comunicaba con esas tierras. Y entró en su país. Allí sucedieron cosas terribles...

Dicen que se alió con trolls y con demonios, que engañó a todos aquellos con los que se cruzó y que inició una guerra que causó un daño irreparable, que los trasgos y los fuegos de Irati todavía se echan a temblar cuando oyen su nombre.

—¿Y encontró a la niña?

—Pues no sé, de eso no se cuenta nada. Los chismes de los humanos no nos interesan demasiado, ¿sabes? Lo importante de esta historia es que un único humano provocó mucho daño entre los habitantes del bosque y los Seres Libres, y eso hizo que mi gente desconfiara aún más de vosotros.

—Como Laralne.

—Como Laralne, que era una sílfide de Irabia y que, después de lo que ocurrió, se vino a vivir a Pirineos. Y de esto hace más de veinte años. ¿Sabes cómo se llamaban antes estas montañas?

—Pues no.

—Las Montañas del Fuego Secreto. Separaba la Tierra de Conejos, que es tu país, del País de los Hombres Libres, más al norte. Evocador, ¿verdad?

—Pues sí, es curioso. Me encanta hablar contigo, Safilia, pero tengo que entrar en el refugio y prepararme, que después de la cena nos iremos a dormir... Hoy no ha sido un día muy largo, pero mañana nos espera una buena. Queremos llegar hasta Puente Coronas, que es un puente cerca del pueblo de Benasque. Hasta él llega una pista. Hay un autobús que llega hasta allí a las seis de la tarde y que nos acercará al pueblo, y de ese modo nos evitaremos unos kilómetros de pista polvorienta. Si no llegamos a tiempo nos tocará andar casi diez kilómetros por esa pista, y vamos a madrugar a ver si lo conseguimos...

—Pero, ¿no venís a andar a las montañas? ¿No preferís caminar antes que meteros en una de esas latas ruidosas?

—Es que mañana nos espera un día largo... Subiremos siguiendo el río Salenques, por el sendero del GR11, hasta la cabaña de Anglós.

—Estará junto al lago de Anglós, supongo. Un valle muy bonito, encerrado por montañas.

—Sí, supongo... Desde ahí tenemos que subir todavía bastante hasta el Collado de Ballibierna, y de ahí bajar hasta el Puente. No es mucha distancia, 18 kilómetros, pero hay casi 1.500 metros de desnivel que superar y el terreno debe ser un poco malo. Todo el mundo dice que se hace muy pesado.

—Hum. Te da un poco de miedo, ¿verdad?

—Pues sí. Ya sabes que voy justito de fuerzas, y además tengo algo de vértigo. Si tengo que pasar por sitios... un poco aéreos, me pongo nervioso. Me estudié bien el mapa de esta



jornada buscando alternativas, pero no las encontré... En fin. Hay tantas cosas que me gustaría hablar contigo... Me da pena pensar que esto es una despedida...

—Bueno —dijo la ondina mientras se volvía a meter en el agua—, os acompañaré hasta Anglós. Luego me iré a visitar a las ondinas del Llauset, que es un lago que queda cerca de allí, y os veré cuando bajéis hacia el puente ese que dices. Así te animaré si te fallan las fuerzas, ¿te parece bien?

—Gracias, Safilia —respondió el hombre—. La verdad es que me encantaría.

—Así te tendré controlado. Si te caes y te matas, luego vendrá un montón de gente, y helicópteros, y más gente, y será un jaleo. Prefiero que te mueras fuera de mis valles, ¿sabes? Por eso iré con vosotros. Por precaución.

El hombre le dedicó una sonrisa a la ondina, que le miraba con ojos grandes y muy abiertos y con los labios apretados, como si estuviera conteniendo la risa.

—Te estás quedando conmigo otra vez —dijo el hombre—.

—Pazguato.

—En el fondo te caigo bien.

—No, qué va —respondió Safilia mientras se echaba al agua y se dejaba llevar por la corriente—, lo que ocurre es que estoy muy, muy aburrida...

El hombre se alejó del río con pasos cortos, porque las piernas le dolían bastante. Al llegar al refugio se encontró con la mujer, que estaba sentada en un banco de piedra, a la entrada, con una cerveza y una bolsa de patatas fritas.

—He cambiado el desayuno por unos bocadillos vegetales fantásticos, ya verás —le dijo al hombre—. La gente de este refugio es maravillosa. Nos darán algo de fruta para que desayunemos y así saldremos pronto mañana, que el día va a ser largo. A ver si podemos quitarnos algo de desnivel antes de que caliente el sol.

—¿Crees que llegaremos a Puente Coronas a tiempo de coger el autobús?

—Eso espero. A la ruta le calculan ocho horas, más el tiempo que paremos a comer y descansar. Tardaremos diez horas como mínimo, y si salimos a las seis, nos sobrarán dos horas.

El hombre se frotó los hombros de forma automática. La mochila le estaba molestando más de lo que esperaba, y el día siguiente se le iba a hacer muy duro, aunque contara con los ánimos de Safilia.

#### DIA 4: CONANGLES – PUENTE CORONAS: CALOR, DOLOR Y LA RAZÓN DEL VIAJE

Al día siguiente madrugaron más que el anterior, y a las seis de la mañana se estaban colocando las mochilas. Al hombre y la mujer se les unió otro senderista con quien

compartirían la jornada. Ese era uno de los beneficios secundarios e imprevistos de la convivencia en los refugios, que les permitía aunar fuerzas.

Se equivocaron de camino un par de veces nada más empezar, porque en los alrededores de los refugios es donde más caminos confluyen y donde más fácil resulta equivocarse y perder tiempo. El hombre sacó el GPS y decidieron orientarse con él para avanzar lo más rápido posible, al menos al principio, donde el camino se cruzaba con una carretera y con pistas asfaltadas.

Al cabo de un rato encontraron las marcas del sendero y dejaron atrás los caminos. El sendero era cómodo. Se cogía altura rápidamente, por lo que caminaban despacio pero sin detenerse. La mujer llamaba a su ritmo, lento y constante, el “paso de mula cansada”.

—Con este ritmo puedes llegar a cualquier parte —solía decir—. Se trata de caminar despacio pero sin detenerse, y sin que el corazón se acelere demasiado.

Subieron por el sendero poco a poco, metro a metro, el hombre, la mujer y el nuevo amigo que habían hecho en el refugio. Cruzaron varios arroyos que desembocaban en el río Salenques, y el hombre vio en un par de ocasiones a Safilia medio oculta entre las piedras, sonriéndole y saludando con la mano.

El hombre se quedó un poco atrás, pero no demasiado. “El ritmo del grupo es el ritmo del más lento”, solía decir también la mujer a menudo, así que procuraban no separarse demasiado. Al cabo de unas horas, casi al mediodía, llegaron a la cabaña de Anglós, una pequeña construcción de madera que invitaba a entrar y descansar en ella. Charlaron con dos personas que habían pasado la noche dentro y se detuvieron diez minutos a refrescarse antes de seguir hacia la siguiente subida, el collado de Estanyets, y dejando atrás el desvío que llevaba al Estany de Llauset, donde Safilia había dicho que se separaría de ellos. Justo en ese desvío la ondina llamó al hombre, que se detuvo para beber algo de agua y disimular mientras hablaba con ella.

—¡Ánimo, Miriam! —dijo Safilia— Parece que ni siquiera estás cansado, estás estupendo.

—Te estás riendo de mí otra vez. —El hombre no parecía descansado ni mucho menos. El sol les había alcanzado hacía rato. El calor empezaba a hacerle mella, y le constaba bastante seguir el ritmo a sus compañeros. Iba a ser un día muy largo.

—Todavía nos falta un buen rato hasta el collado de Ballibierna —continuó diciendo—, el punto más alto de hoy, y luego la bajada dicen que es bastante incómoda, por bloques de piedras que la hacen muy lenta...

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres volver o algo parecido?

—¿Estás de broma? —dijo el hombre con una sonrisa—. Esto es fantástico.

El hombre continuó andando y Safilia no supo qué decir. “Les veré mañana, en el camino de Estós. Seguro que se paran a la altura de alguna de las cabañas”. Se había fijado en

la ruta que el hombre tenía marcada en el mapa, y sabía dónde los encontraría. Concluyó que los humanos no estaban del todo bien de la cabeza, porque ese día iban a dormir en un hostel en vez de disfrutar de una noche bajo las estrellas, y se marchó hacia el Llauset.

Al cabo de un rato, el grupo se cruzó con un hombre que estaba recorriendo el GR11 completo en sentido inverso al suyo, es decir, desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo. El hombre era joven y fuerte, pero parecía muy cansado.

—Esta jornada me está resultando durísima —dijo—, espero que el resto sean mejores.

—A partir de aquí sólo tienes bajada —dijo la mujer para animarle. Entonces se dio cuenta de que viajaba con un niño de diez años y comprendió que el hombre no estaba preocupado por él, sino por su hijo. El niño, por otra parte, parecía el menos cansado de todos ellos, y la mujer sintió una envidia terrible. “Está haciendo una ruta fantástica antes de la adolescencia”, pensó. “Este niño, si sigue interesado por las montañas, saldrá en las revistas cuando se haga mayor”.

Pasaron por un refugio que estaba en obras. Cuando estuviera terminado, los senderistas podrían acortar esa jornada tan larga, y se dieron un baño en un lago antes de comenzar la última subida. Fue un baño rápido, de los de entrar y salir, porque el agua estaba helada, y el hombre se dijo que, si la ondina les estuviera viendo, se partiría de risa con sus gritos y sus aspavientos.

Comenzaron de nuevo a andar y, siete horas después de salir del refugio, llegaron al collado de Ballibierna, a casi 2.800 metros de altura. Se cruzaron con dos franceses con los que intercambiaron unas frases de ánimo, y pararon unos minutos a disfrutar de las vistas. El hombre escuchó unas voces que hablaban en susurros desde un lateral del sendero, junto al montón de piedras que marcaban el collado.

—¿Este es el humano del que me hablabas? —decía una voz ronca—. Sí que parece bastante enclenque. Pero no es tan feo como decías, ni tan anciano. Seguro que ni siquiera llega a los cien años.

—Si supieras lo mal que habla de vosotros, te pondrías hecho una fiera y lanzarías un encantamiento sobre su mochila para que le pesara cada vez más. —La voz que respondió pertenecía a Safilia, sin duda—. Además, dice que los gnomos de aquí sois los más tontos y pequeños que ha visto nunca.

—Pero si no sabemos hacer encantamientos...

—Bah, cállate, aguafiestas.

El hombre contuvo la risa. El plan de la ondina para meterle el miedo en el cuerpo había fallado por primera vez. Se marcharon rápido, de todos modos, porque en el collado soplaba bastante aire y resultaba un poco incómodo.

La bajada, tal y como les habían advertido, era lenta y muy incómoda. Saltaban con cuidado de unos bloques de piedra a otros, porque apenas había sendero y las marcas rojas y blancas se perdían en el desierto de granito. Cualquier desvío les suponía un retraso, porque las marcas indicaban el camino más cómodo entre las piedras, y tenían que sujetar a menudo los bastones con una mano para poder apoyarse con la otra y no perder el equilibrio. Hablaban entre ellos para entretenerse y no pensar en el calor, intentando distraerse y mantener controlado el mal humor que aparece junto con el cansancio.

Después de una larga bajada llegaron a un sendero y, por fin, diez largas horas después de salir del refugio, llegaron al Puente Coronas, donde decidirían si seguir andando o esperar a un autobús.

—Yo no puedo con el alma —dijo el amigo que les acompañaba esa jornada.

—No quiero caminar por una pista polvorienta y que luego nos adelante el autobús — dijo la mujer—. Si tuviera que hacerlo porque no hubiera más remedio, vale, pero... Son casi diez kilómetros hasta Benasque. ¿Tú que dices?

—Pues... No sé cómo decirlo —respondió el hombre—, pero si mi vida dependiera de que pudiera seguir andando, me podrías dar por muerto con toda confianza. Busquemos un lugar junto al agua para meter los pies y esperemos al autobús... Por favor.

Se echaron a reír con el humor de los que están totalmente agotados. Safilia les observó sin dejarse ver. Estaban cansados y sudorosos, cubiertos de rozaduras y con dolores en las piernas y los hombros, pero estaban felices. Habían caminado por lugares preciosos, habían disfrutado del silencio, de la compañía y de su propio esfuerzo, y todo ello había hecho que sus problemas quedaran atrás. “La montaña pone tus preocupaciones en el lugar que les corresponde, ni más ni menos”, había dicho el hombre que les acompañaba, y por lo que había escuchado la ondina, problemas no les faltaban a ninguno de ellos, algunos graves y otros irrelevantes, algunos que requerían solución y otros ante los que no se podía hacer nada. Pero se encontraban en las montañas, y todos esos problemas quedaban muy, muy lejos.

“La vida de los humanos parece muy complicada”, pensó Safilia. “No me extraña que estén siempre tan distraídos”. Se acercó para escuchar los planes que tenían y confirmar su ruta. Al día siguiente, de nuevo ellos dos solos, el hombre y la mujer subirían hasta el refugio de Estós, que era un camino corto y sencillo, y al siguiente irían al refugio de Biadós. Eran dos jornadas cortas y cómodas, comparadas con la de ese día.

“Entre Estós y Biadós pasarán por Chistau”, pensó Safilia. “Eso está cerca de Posets, y podría acercarme a hablar con los trolls de la Llardana, que seguro que andan por allí cerca. Hace mucho que no sé nada de ellos”. La ondina, aunque jamás lo admitiría, no dejaba de buscar excusas para seguir acompañando a los humanos.

## DIA 5: BENASQUE – ESTOS: LOS EXCURSIONISTAS SON LEGIÓN

El día siguiente, tal y como esperaban, fue cómodo y tranquilo. El hombre y la mujer durmieron en un hostel cerca del Puente San Jaime, a dos kilómetros del pueblo de Benasque, justo en el cruce donde al día siguiente comenzaba la ruta. No madrugaron, ni mucho menos, porque hasta el refugio no tenían más que nueve kilómetros con 600 metros de desnivel, por terreno muy cómodo y preparado, y tardaron en llegar poco menos de tres horas.

En el camino, que estaba adaptado para que todo el mundo pudiera recorrerlo, con escalones en los lugares incómodos y tablones para cruzar los arroyos, pasaron por varias cabañas, como había anticipado la ondina. La cabaña de Santa Ana se encontraba vacía y algo deteriorada, igual que la Cabaña del Turmo.

—Los refugios a los que se accede fácilmente suelen estar en mal estado —dijo el hombre—. Eso dice muy poco de los seres humanos, ¿no crees?

—Ya sabes lo que dicen —respondió la mujer—, nunca debimos bajar de los árboles.

El hombre no dijo nada, y se preguntó lo que pensaría Safilia acerca de esa filosofía pesimista de la mujer. “Seguro que opina igual, que nunca deberíamos haber evolucionado y que al mundo le iría mucho mejor si siguiéramos siendo poco más que primates nómadas”. Pero tampoco sabía mucho acerca de las ondinas, y se preguntó si serían una especie evolucionada parecida a los seres humanos o si, como le gustaba creer, eran seres mágicos ajenos a los cambios en el planeta. Pensó en todas esas cosas y caminaron durante un rato en silencio, disfrutando del paisaje y de un día que parecía menos sofocante que los anteriores. La ola de calor empezaba a remitir.

Llegaron al refugio descansados y, a pesar de que pararon a menudo, bastante pronto. El refugio se encontraba muy bien comunicado con el pueblo, aunque no se podía acceder a él en coche, y se encontraba completo.

La mujer charló con varias personas que estaban haciendo una ruta parecida a la suya, pero pronto se cansó del ajetreo, abrió su libro y se sentó a leer a la sombra del refugio, un poco apartada de todo el mundo. El hombre, según avanzaba la tarde, se empezó a sentir incómodo con la gente a su alrededor y se fue a dar un paseo. Con un poco de suerte se podría reunir con Safilia que, con tanta gente por los alrededores, no se había dejado ver ni un instante. Encontró un rincón un poco apartado y se sentó a esperar a que apareciera la ondina.

—Hola, cabra sin pelo —dijo una voz conocida.

—Hola, lagartija de agua —respondió él.

—¿Por qué os habéis detenido aquí? Hay lugares más bonitos un poco más arriba... ¿Estáis cansados? ¿O enfermos? ¿Estáis débiles por un exceso de aire puro al que no estáis acostumbrados?

—Hoy estoy de buen humor y no voy a dejar que me tomes el pelo, así que no lo intentes—respondió el hombre. Se tumbó en la hierba, junto a la ondina, y sonrió mirando al cielo—. Pero no, no estamos enfermos ni cansados. Lo que ocurre es que hoy es sábado y el

refugio de Biadós, donde vamos mañana, hoy estaba completo, así que hemos dividido la jornada en dos días y hoy dormimos aquí.

—¿No hay demasiada gente? Me daba la sensación de que no os gustaban demasiado los de vuestra especie y que preferíais estar solos.

—No es eso exactamente. Es que... Bueno, hoy está muy lleno este refugio, es verdad. Y no te voy a mentir, resulta incómodo. Hoy para dormir tendremos que usar tapones para los oídos, porque las habitaciones estarán llenas y, entre los ronquidos y la gente que se levanta por la noche, dormir del tirón será complicado. Yo me tomaré otra cerveza antes de la cena, así que seré uno de los que se levantan al baño... Y por la mañana los servicios se convertirán en algo muy maloliente.

—No parece muy agradable.

—Ese aspecto de los refugios no lo es, es cierto, pero, por otra parte, el refugio nos mantiene a todos juntos en un mismo lugar y permite que se gestionen nuestros residuos. ¿Comprendes lo que quiero decir? Así ensuciamos menos el entorno que si estuviéramos durmiendo por nuestra cuenta.

—Sí, desde luego —respondió la ondina—, es un buen argumento, al menos es honesto. Además, para nosotros es mucho mejor teneros a todos los humanos juntos en un mismo lugar, así nos resulta más fácil esquivaros. Aunque también hay a quien le gusta estar cerca de vosotros, no te creas. No sé muy bien por qué, pero a algunas ondinas y algún que otro duende les gustáis los de tu especie.

—¿En serio? ¿Están muy pobladas estas montañas? Por gente como tú, quiero decir...

—No tanto como antes. Como antes de que... de que llegarais vosotros, ya me entiendes. Habéis pasado por una cabaña llamada *del Turmo*, ¿verdad? Pues allí al lado, en las Gorges Galantes, vive Cassandra de los Perdidos, una... ¿cómo las llamáis? Una musa. Ya sabes, las que inspiran a los artistas.

—Sí, hemos pasado por el mirador de las Galantes, hay unas caídas de agua impresionantes... ¿Una musa en la Cabaña del Turmo? Vaya, eso explica la canción.

—¿Qué canción?

—Un grupo de música compuso una canción en la que mencionaban esa cabaña, hace ya algunos años... —El hombre consultó la hora en el teléfono móvil que llevaba encima, por supuesto, sin cobertura—. Tengo que irme, darán la cena dentro de poco y tendrán que organizar turnos, o algo parecido.

—¿Te veré mañana en Chistau? —preguntó la ondina con un brillo en los ojos.

—Sí, claro... —respondió el hombre—. Pasaremos por el puerto de Chistau y a lo mejor subimos al pico, que queda muy cerca.

Safilia se alejó sin despedirse, y el hombre se quedó un rato a solas. La ondina se había comportado de forma un poco extraña, no se había metido con él ni le había intentado engañar. Pero no tuvo tiempo de pensar en ello, porque eran las siete y las horas de las cenas en los refugios eran sagradas.

#### DIA 6: ESTÓS – BIADÓS: LAS REVELACIONES DE LOS TROLLS GEMELOS

Al día siguiente, sin madrugar más de lo necesario, el hombre y la mujer se pusieron en marcha. Salieron tarde, porque el día sería corto de nuevo y no tenían prisa.

En el refugio ocurrió un pequeño accidente: Una mujer se dio un golpe en la cabeza cuando bajaba de la litera y perdió el conocimiento. La gente que iba con ella la estuvo reanimando mientras el guarda del refugio esperaba por si querían que avisase a un helicóptero de rescate, pero declinaron su oferta. “Si tiene una lesión interna, no debería ni colocarse la mochila”, pensó el hombre, pero no era decisión suya. “El miedo a estropearnos las vacaciones nos hace actuar de forma extraña”, pensó. “Esa mujer tenía que ir a un hospital a que comprobaran si tiene una lesión interna, pero es más sencillo ignorar los riesgos”. El hombre, que había vivido una situación similar en la que un seguimiento médico podía haber evitado una lesión severa en un ser querido, intentó ignorar el nudo en el estómago que le estaba provocando un ligero mareo, y se concentró en preparar la mochila para empezar la ruta cuanto antes. Estaba en la montaña, y en la montaña no existen los problemas del pasado ni del futuro. La montaña te aferra al presente, al instante en el que vives, y todo lo demás se convierte en secundario.

Subieron poco a poco hacia el puerto de Chistau por un sendero cómodo y bien marcado, despacio pero sin detenerse, como era su costumbre. Adelantaron a algunas personas, porque desde el refugio había gente que simplemente había salido a dar un paseo por la zona, sin más pretensiones, y alcanzaron el puerto en pocas horas. A su izquierda quedaban los picos Gemelo Norte y Gemelo Sur, que superaban los tres mil metros de altura, y a su derecha el pico de Chistau y una serie de picos más lejanos que se enlazaban por una arista. Decidieron subir al Chistau y disfrutar de las vistas, dejando las mochilas en un círculo de piedras a unos metros del collado.

Subieron, sacaron unas fotografías, bromearon y perdieron el tiempo disfrutando de una jornada que, con el cuerpo ya más acostumbrado a andar, les estaba pareciendo suave en comparación con el resto.

—Incluida la subida al pico —dijo el hombre consultando el GPS—, vamos a hacer 13 km con +900 y -1100 metros de desnivel, cariño. ¡Ya sólo nos queda bajar, y estoy como una rosa!

—Podíamos haber subido a los Gemelos entonces, que son unas horas más—dijo la mujer con una sonrisa.

—No te pases, cabeza de granito, que me mareo sólo de pensarlo —Las cimas cercanas, pero a más de 500 metros de desnivel, parecían inmensas y majestuosas, y se adivinaban afiladas y aéreas en la parte superior, no aptas para el vértigo del hombre—. Con esto ya voy servido.

Se quedaron un rato más disfrutando del sol y del aire, de las piedras, de las vistas y de haber llegado hasta allí. Disfrutaron porque se sentían vivos y felices, sin matices, sin miedos y ajenos a los males del mundo. “Si la ondina nos viera ahora”, pensó el hombre, “comprendería por qué estamos haciendo esto, a pesar de los dolores, de las magulladuras y de las incomodidades”. Pero incluso ese pensamiento pasó pronto, y su mente volvió a quedarse en blanco, colmada por las cimas de las montañas lejanas y las nubes que se movían haciéndose añicos y uniéndose de nuevo en un baile que, entre otras cosas, presagiaba un viento fuerte. Efectivamente, al cabo de un rato comenzó a soplar el aire con fuerza y decidieron abandonar el pico y regresar al collado.

Cuando bajaron de nuevo al círculo de piedras, un vivac improvisado donde habían dejado las mochilas, el hombre se llevó una sorpresa desagradable. Su mochila estaba tumbada en el suelo en medio de un charco de agua.

—Vaya... ¡No puede ser! —Abrió la mochila y sacó una cantimplora del interior—. Mira, he debido dejar la cantimplora mal cerrada y se ha vaciado entera dentro de la mochila.

—Saca las bolsas, anda —dijo ella con resignación.

El hombre empezó a vaciar la mochila. Todo el contenido lo tenía guardado en bolsas herméticas por lo que, en realidad, excepto la propia mochila no tenía nada mojado.

—¡El truco de las bolsas ha funcionado! —dijo él.

—Te lo dije. Desde que se me empapó la mochila en una tormenta, a pesar de que llevaba bolsa cubre-mochilas y todo, guardo toda la ropa en bolsas herméticas y mira, incluso hoy nos ha venido bien.

— Baja hasta el collado y ahora te alcanzo, que voy a colocar esto un poco...

La mujer bajó los metros que quedaban hasta el collado mientras el hombre terminaba de colocar las cosas.

—Has sido tú, ¿verdad?

Safilia se asomó desde detrás de una roca.

—No sé de qué me hablas.

—Tú has abierto la cantimplora. —El hombre parecía más decepcionado que enfadado—. Me habrías hecho una buena faena si no llega a ser por las bolsas de cierre *zip*, ¿sabes? ¿Por qué lo has hecho?

—Yo no he hecho eso. Habrás cerrado mal tu botella.



—¡Claro que has sido tú!

La ondina se quedó callada y miró muy fijamente al hombre. Dio una vuelta a su alrededor, como si él fuera una estatua en un museo, y luego se paró de nuevo frente a su cara.

—Me has llamado mentirosa —dijo en voz baja—, y eso no debe hacerse nunca. Mentir es algo que no hacemos la gente del Pueblo Libre, ¿sabes? Podemos ser desconsiderados, malvados o ladrones, pero no mentirosos. Un ser consciente del mundo no puede mentir, ¿no te das cuenta? Las cosas son como son, la mentira es propia de bárbaros y de... no sé, de humanos.

—Vaya, lo siento —respondió el hombre—. No sabía que... En fin, no pensé que fuera algo tan grave. Lo siento, de verdad.

—Deberás compensarme. Me lo debes.

—Sí, claro, lo que quieras.

—He hablado con los Trolls Gemelos. Tenían que haber subido a Urdizeto a llevar una piedra, pero con el trasiego de humanos que hay por todas partes les ha sido imposible. La subirás tú. Mañana pasarás por el lago y la depositarás en sus aguas. Me lo debes, humano.

El hombre masculló una nueva disculpa, cogió la piedra envuelta en una especie de papel transparente que le tendió la ondina, y la guardó en la mochila.

—Tengo que irme... No dejes de acercarte al refugio esta noche, por favor. Lo siento de nuevo, de verdad...

Safilia le dedicó una última mirada neutra, sin un atisbo de sonrisa, y esperó a que se alejara sin volverse ni despedirse. Cuando el hombre llegó al collado se reunió con la mujer y se alejaron por el sendero.

A esas alturas, la ondina estaba revolcándose de risa por el suelo. Las piedras del círculo donde habían dejado las mochilas se movieron ligeramente y apareció un rostro dibujado entre ellas.

—Le has dado una piedra que pesa más de un kilo —dijo el Trol del Gemelo Sur—. No puedo creer que tengas ideas tan retorcidas.

—Ni yo que ese tipo sea tan ingenuo —respondió Safilia.

Los humanos llegaron sanos y salvos al refugio de Biadós tras siete horas de marcha, con varias paradas para disfrutar de las vistas. Cuando llegaron, el hombre no estaba de buen humor. Se encontraba cansado y dolorido, y el peso extra de la mochila le estaba pasando factura. Después de confirmar la reserva, preguntó si les podían preparar unos bocadillos para el siguiente día, como estaban haciendo en otros refugios, y se aseguró de que no tuvieran problemas para cenar.

—Cariño, esto me agota —le dijo a la mujer—. Estoy harto de que me miren como si fuera un bicho raro. ¿Sabes lo que me ha costado que nos preparen un bocadillo vegetal?

—No te enfades. Ya sabes cómo va esto. Además, ya ves que tienen bastante jaleo, simplemente estarán un poco desbordados.

—No debo enfadarme, tienes razón.

Pasaron el resto de la tarde charlando con la gente del refugio, como en días anteriores, porque con algunos de ellos ya habían coincidido en otros refugios y era divertido comparar las experiencias y las rutas que habían seguido. El enfado desapareció poco a poco, y el hombre pensó en lo que habían pasado hasta llegar a ese refugio, y que por delante tan sólo les quedaba un día de ruta. Aunque por un lado le entristecía, por otro también le animaba.

Safilia no apareció en toda la tarde pero, cuando se hizo de noche, con casi todo el mundo ya en la cama, el hombre creyó oír una voz que le llamaba desde fuera. Se calzó las sandalias que llevaba para los refugios y se puso una camiseta para salir fuera, porque dentro hacía calor y casi todo el mundo dormía encima de los sacos con muy poca ropa. Caminó unos metros y se sentó en el suelo, en la hierba verde y fresca.

—¿Eres tú, Safilia? —preguntó. Entonces sintió un pinchazo en la planta de un pie.

—Ni te muevas —dijo la ondina—. Claro que soy yo. ¿Tienes la piedra contigo? Dime que sí, o te rajaré la planta de los pies y no podrás andar en una semana.

El hombre se volvió y se encontró con la ondina, que sujetaba una brizna de hierba seca en una de sus manos.

—No eres nada graciosa, ¿sabes?

—Jeje, pues te lo has creído, tenías que haber visto la cara que has puesto.

—Lo de la piedra también era mentira, ¿verdad? Te has vuelto a quedar conmigo.

—Sí y no —dijo Safilia. Se sentó a su lado y se apoyó ligeramente en él—. Las ondinas somos unas mentirosas, así que por eso no te preocupes. Y si algún día conoces a un elfo, no te creas nada de lo que cuenten. Esos no te dicen una verdad ni aunque les vaya la vida en ello.

—Vaya, eso es interesante —dijo el hombre—. A partir de ahora no creeré nada de lo que me digan ni las ondinas ni los elfos. Como si hubiera conocido a alguno...

—Ya, bueno. Lo que te decía, lo de la piedra era mentira sólo en parte. Esa piedra forma parte del Trol del Sur, uno de los Gemelos. Estuve con ellos y me pidieron que les llevara esa piedra hasta el lago Urdizeto, porque se lo habían prometido hacía tiempo a la ondina que vivía allí.

—¿Qué vivía? ¿Es que ya no hay ondinas allí?

—No, el muro terminó por echarlas a todas. Vuestras presas han cambiado mucho el curso y el caudal de los lagos y los arroyos, ¿sabes? Algunas nos adaptamos pero otras decidieron marcharse a otros lugares menos contaminados... Más aislados, vaya.

—Siento oír eso.

—No es culpa tuya. Los hombres formáis parte del mundo igual que el resto de seres vivos y medio vivos y, si cambiáis las montañas, los que vivimos en ellas tendremos que cambiar y aprender a vivir junto a vosotros. O marcharnos a tierras a las que no hayáis llegado todavía, como hacen muchos de nosotros. ¿Te he hablado alguna vez del País de los Elfos?

—Me suena. Donde se fue la niña humana desaparecida, ¿no?

—Allí marcharon a vivir la mayoría de duendes, sílfides y gnomos que no querían seguir viviendo en el mundo junto a los humanos, cuando empezasteis a extenderos por la tierra seca. Pero hace tiempo, los reyes de los elfos cerraron las puertas y ya no admiten a ninguno de nosotros, a no ser que paguemos un precio. Los elfos han prosperado mucho desde que tomaron esa decisión y... En fin, te contaré esa historia otro día.

—Pero mañana es nuestro último día andando, y dormiremos en un pueblo. Mañana tendremos que despedirnos, Safilia.

El hombre se había tumbado en la hierba, mirando a las estrellas, y se giró para mirar a la ondina. Safilia se acercó de nuevo a él y le fue a tocar la cara con la mano, pero el hombre se movió y casi le mete un dedo en el ojo.

—¡Ay! ¡Cuidado!

—Uy, perdona. Sólo quería tocarte la cara, no te muevas tanto.

—¿Eso es normal entre los de tu especie? ¿Tocar la cara a los demás para despedirse?

—Sólo a aquellos que nos caen bien, humano.

El hombre sonrió, y Safilia le devolvió la sonrisa.

—Hay tantas cosas que te quería preguntar... Pero me da la sensación de que en realidad todas mis preguntas son irrelevantes. Ha sido un placer conocerte, Safilia.

—Ya, bueno.

—Mañana vamos a madrugar un poco, así que mejor me iré a dormir... Pasaremos por el lago Urdizeto, si quieres nos podemos ver allí para despedirnos.

—Vale, vale, de acuerdo —dijo Safilia—. Hasta mañana, vete a dormir. Blandengue.

DIA 7: BIADÓS – PARZÁN: DESPEDIDAS Y MEDIAS VERDADES

Al día siguiente, el hombre y la mujer salieron pronto para aprovechar el frescor de las primeras horas. El camino les llevaba hasta el collado y el lago de Urdizeto por un sendero cómodo y bien marcado, y luego bajaba por una pista hasta el pueblo de Parzán, donde terminarían la ruta. Tenían por delante 26 kilómetros con 800 metros de subida y 1.300 de bajada, pero esperaban que, como el camino era bueno, lo recorrieran a buen ritmo y no terminaran muy tarde.

La subida resultó cómoda, con valles redondeados a un lado y montañas escarpadas al otro. Subían rápido, con el cuerpo acostumbrado a las caminatas y de buen ánimo, porque el día no era tan caluroso como el resto. Entre árboles primero, arbustos después y lomas verdes al final, alcanzaron el collado antes de lo que pensaban.

—¿Nos acercamos a ver el lago? —preguntó el hombre. El lago se encontraba cerca del camino, pero no pasaba directamente por él—. Así picamos algo y descansamos.

—Me parece bien —dijo la mujer—. Nos sobra tiempo y hace un día precioso.

El hombre se alejó un poco, en cuanto tuvo oportunidad, y se encontró con la ondina, que le esperaba en la orilla del lago.

—Habéis tardado mucho —dijo nada más verle.

—¡Qué va! ¡Si no hemos tardado más que... tres horas desde el refugio! Y eso que yo llevo tu dichosa piedra.

—Pero... —La ondina abrió los ojos, sorprendida—. Te dije que no hacía falta que la subieras.

—También dijiste que los trolls de los Gemelos te habían pedido que subieras la piedra hasta aquí, y pensé que, en fin, que si había que subirla, a mí me costaría menos que a ti.

—¿Por qué eres un humano?

—No, porque... Bueno, no sé, es mi forma de agradecerte que nos hayas acompañado estos días.

La ondina recogió la piedra que le tendió el hombre y sintió algo que hacía mucho, mucho tiempo que no sentía.

—No sé qué decir —dijo.

—“Gracias” estaría bien.

—Gracias, humano.

Se quedaron hablando un par de minutos, pero finalmente se despidieron.

—Me ha gustado venir con vosotros hasta aquí. Hacía mucho tiempo que no me alejaba de mi arroyo y... Creo que voy a continuar el camino. Seguiré hasta Irati, y quizá luego continúe hasta el mar. No sé. Queda mucho verano por delante.

—Quizá te vea allí el año que viene. Tenemos intención de hacer el sendero completo, ¿sabes? Empezar por el Mediterráneo y terminar en el Cantábrico.

—Quién sabe, humano —dijo la ondina con una sonrisa—. Si hacéis eso, a lo mejor volvemos a vernos el año que viene.

—A lo mejor, Safilia.

—¡Pero vigila los arroyos antes de meter los pies! —dijo la ondina al marcharse—. ¡No todas las de mi especie son tan comprensivas como yo!

El hombre se quedó mirando el lago durante un rato. El agua estaba calmada, y ni siquiera se veían las ondulaciones que producen los peces, los insectos o las ondinas. La mujer llegó y se sentó a su lado.

—¿Nos vamos, cariño? Cuanto antes salgamos, antes llegaremos. Total, ahora sólo tenemos que bajar por una pista.

—¿Ya? Bueno, vale, pero nos va a sobrar tiempo...

—Nos podemos tomar unas cañas en Parzán y comernos allí el bocadillo.

—Me has convencido.

El hombre se colocó la mochila y contuvo un pequeño grito de dolor por sus hombros doloridos. Bajaron los diez kilómetros de pista animados y con ganas, y llegaron al pueblo a las siete horas de haber salido del refugio, casi dos horas menos de lo que esperaban.

Se sentaron en la terraza de un bar y tomaron la primera jarra de cerveza grande y fría, brindando por la ruta, por lo bien que lo habían hecho y por el plan de recorrer el Pirineo desde un mar al otro al año siguiente.

—Tendremos que entrenarnos un poco —dijo la mujer.

—Y yo tendré que aprender a cerrar bien la cantimplora —respondió el hombre. Se echaron a reír, cansados, sudorosos, doloridos y felices, porque ese es el efecto que las montañas tenían en la mayoría de los humanos.

Safilia, la ondina, viajó hasta la Selva de Irati y más allá. Conoció a gnomos, elfos y humanos, y algunas de las cosas que vivió fueron de su agrado, pero otras no lo fueron tanto.

No fue la última vez que vio al hombre y la mujer porque los volvió a encontrar al año siguiente acompañados por alguien muy, muy extraño.

Pero esa es otra historia.